

Introducción

Después de estudiar algunos textos de la primera carta a los corintios queremos dar un vistazo a la segunda carta a los corintios. Ojalá que la podamos leer por entero. Pablo trata varios temas y hay muchas teorías sobre la composición de esta carta. Lo que unifica toda la carta es el tema de la *reconciliación*. Pablo ha tenido varios enfrentamientos fuertes con los corintios, y se está reconciliando con ellos.

Lo más importante es la reconciliación con Dios. Dios nos reconcilió en Cristo. Un fruto de la reconciliación es el consuelo. Pablo inicia su segunda carta hablando de este consuelo (2 Cor 1,3-4). Ojalá nosotros pidamos este consuelo a Cristo en todo momento para que podamos consolar a los demás.

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre compasivo y Dios de todo consuelo, que nos consuela en cualquier tribulación, para que nosotros podamos consolar a los que pasan cualquier tribulación con el mismo consuelo que recibimos de Dios.

1a Semana. La Reconciliación

Notas de referencia.

Tenemos hoy una gran tarea de reconciliación: La reconciliación con Dios, con los demás y con la creación. San Pablo en la segunda carta a las corintios describe la misión de Cristo como misión de reconciliación y en consecuencia también la misión de la Iglesia es reconciliar. La reconciliación es fruto del regalo del perdón.

Pablo entiende que el don de Dios y el mensaje del evangelio es mucho mayor que él. Siempre tenemos que estar conscientes como cristianos que el *mensaje es mayor que los mensajeros*. Pablo dice: “Llevamos este tesoro en vasijas de barro” (2 Cor 4,7). Somos, como vasijas, frágiles (pecadores), pero por esto no podemos dejar de anunciar la Buena Nueva del amor de Dios que hemos recibido.

Pablo nos describe con palabras fascinantes la obra de la reconciliación en Cristo:

Si uno es cristiano, es una criatura nueva. Lo antiguo pasó, ha llegado lo nuevo. Y todo es obra de Dios, que nos reconcilió con él por medio de Cristo y nos encomendó el

*ministerio de la reconciliación. Es decir, Dios estaba, por medio de Cristo, reconciliando el mundo consigo, sin tener en cuenta los pecados de los hombres, y confiándonos el mensaje de la reconciliación. Somos embajadores de Cristo y es como si Dios hablase por nosotros. Por Cristo les suplicamos: **Déjense reconciliar con Dios.** A aquel que no conoció el pecado, Dios lo trató por nosotros como un pecador, para que nosotros, por su medio, fuéramos inocentes ante Dios. (2 Cor 5,17-21)*

No somos nosotros que nos reconciamos con Dios, es Dios que reconcilia el mundo consigo en Cristo. Esta formulación de San Pablo ha pasado a la fórmula de absolución que utilizamos hoy en la confesión: “Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo con la muerte y resurrección de su Hijo, y derramó al Espíritu Santo para el perdón de los pecados, te conceda por el ministerio de la Iglesia el perdón y la paz.”

No podemos hacer nada para recibir el perdón, lo que se nos pide es el arrepentimiento para recibir este regalo que Dios nos hace en Cristo, como don del Espíritu a través de la Iglesia. Somos llamados a ser agentes de la reconciliación en el mundo. En su segunda carta a los corintios Pablo nos muestra también que no podemos separar la reconciliación con Dios de la reconciliación entre los seres humanos.

Preguntas de Reflexión:

1. ¿De qué experiencia de reconciliación me recuerdo?
2. ¿Dónde sentimos hoy la gran necesidad de la reconciliación – entre seres humanos – con Dios – con la creación?
3. ¿Cómo podemos ser “embajadores de la reconciliación”, colaborar en la misión de reconciliar?

2a Semana. La colecta para los pobres de Jerusalén

Notas de referencia.

La inequidad y la injusticia social crean una profunda división en el mundo y nuestras sociedades, una realidad que grita por una reconciliación. La solución de todas las injusticias no está en nuestras manos, pero si podemos colaborar, y por lo menos podemos ayudar a aquel que está en necesidad. En este sentido, la comunidad de Jerusalén había pedido ayuda. Los

mismos apóstoles le dieron a Pablo el encargo de “acordarse de los pobres”, cosa que siempre ha tratado de cumplir (Gal 2,10).

Pablo organizó una gran colecta en “sus” comunidades sobre todo en Macedonia y Acaya, es decir en Grecia, para llevar este don de solidaridad a Jerusalén (cf. Rom 15,25-28). Varias cartas nos hablan de esta colecta; en la Segunda Carta a los Corintios encontramos la explicación más completa y teológica. La colecta es signo de la unión de la Iglesia y del intercambio vivo. Pablo llama a la generosidad, recordando la generosidad de Jesucristo: “...el cual, siendo rico, por ustedes se hizo pobre a fin de que se enriquecieran con su pobreza” (2 Cor 8,9).

Un viejo refrán motiva la generosidad: “Según aquello: A siembra mezquina cosecha mezquina, a siembra generosa cosecha generosa.” Claro, Pablo no quiere forzar a nadie, sino invitar a que se dé libremente: “Cada uno aporte lo que en conciencia se ha propuesto, no de mala gana ni a la fuerza, porque Dios ama al que da con alegría” (2 Cor 9,6-7). Es cierto que Dios no se dejará vencer en generosidad (cf. 2 Cor 9,9-11). Y es cierta que la generosidad hace feliz, mientras que la avaricia llena con tristeza. Al mismo tiempo tenemos que recordar que la limosna nunca debe sustituir la justicia.

Preguntas de Reflexión:

1. ¿En qué momento he experimentado que mi generosidad me ha hecho feliz?
2. ¿En qué se diferencia la limosna de la generosidad?
3. ¿Qué significa para nosotros que la limosna no puede sustituir la justicia?
4. ¿Cómo podemos vivir mejor la generosidad?

3a Semana. Pablo débil y fuerte

Notas de referencia.

Probablemente todos hemos tenido la experiencia que a pesar de nuestra oración hemos tenido que sufrir. Pablo ha tenido que sufrir mucho. En el capítulo 11 de la segunda carta a los corintios Pablo nos hace un largo recuento de sus sufrimientos y lo que ha tenido que padecer por Cristo. En cierto sentido el culmen de este sufrimiento es un “aguijón que tiene en la carne”. No sabemos en qué consistió este aguijón, pero es algo que le hace sufrir. Y Pablo nos cuenta con qué insistencia pidió al Señor para que le quitara este “aguijón”:

GUÍA DE CATEQUESIS

San Pablo, un misionero incansable

Septiembre, 2022

A causa de ello rogué tres veces al Señor que lo apartara de mí. Y me contestó: ¡te basta mi gracia!; la fuerza se realiza en la debilidad. Así que muy a gusto me gloriaré de mis debilidades, para que se aloje en mí el poder de Cristo. Por eso estoy contento con las debilidades, insolencias, necesidades, persecuciones y angustias por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Cor 12,8-10).

Tres veces Pablo le pidió al Señor, nos viene el recuerdo de la oración de Jesús en el huerto de Getsemaní. Pero la respuesta de Dios es diferente a lo que había pensado. La respuesta de Dios es: No se te va a quitar este *aguijón de la carne*, si no has recibido algo más grande e importante, *mi gracia*, y *ésta te basta*. Ahora la misma debilidad de Pablo se convierte en una fuente de gracia, solo así se mantiene en la humildad, solo así deja ver que la fuerza viene de Dios.

Resuena la imagen del *tesoro en vasijas de barro*. Es importante que este tesoro no esté en una vasija preciosa, para que no se confunda la vasija con el tesoro. “Mi gracia te basta”, esta frase de San Pablo resuena en la oración de entrega de San Ignacio de Loyola (EE 234) “dame tu amor y tu gracia que esta me basta”. Pablo sabe que la fuerza no viene de él, sino de la gracia de Dios y que, en medio de sus sufrimientos, sea el dolor, la persecución, la traición, el desprecio o lo que sea, puede experimentar la gracia, la cercanía y el amor de Dios.

Preguntas de Reflexión:

1. ¿En algún momento he sentido que Dios no escucha mi oración? ¿Cuál ha sido mi respuesta a Dios en estas situaciones?
2. ¿Alguna vez he podido descubrir la gracia y el amor de Dios en medio del sufrimiento?
3. ¿Qué significa para mí la oración que dice: “*Dame tu amor y tu gracia, que esta me basta*”?